

Cuentos inciertos a verso descubierto

© Daniel López Ruiz, 2012

Depósito Legal: AB-18-2012

I.S.B.N.: 978-84-15546-06-1

Impreso en España

Edita e imprime:

Ediciones QVE

www.edicionesqve.com

info@quevayanellos.com

La reproducción total o parcial de este libro, por cualquier medio, no autorizada por los autores y editores viola derechos reservados. Cualquier utilización debe ser previamente autorizada.

Cuentos inciertos a verso descubierto

DANY LÓPEZ RUIZ

ediciones
QVE

Las musas dan alas a la imaginación
de los malditos escritores,
para que estos bajen del limbo de sus letras
al pragmatismo humano, irracional y necesario..
De vez en cuando por los suelos,
de cuando en vez por las nubes,
así acaba la vida convertida en letras.

ÍNDICE

Renaciendo 9

Soledad 11

Al Niño Perdido 12

Nubes de desconcierto 13

Despertar del Caballero 14

Tarde 15

Te lo pido 16

Seguir a Ítaca 17

Nubarrones... 19

A lo mejor 20

Sobre amores y musas 21

Las lágrimas que caen 23

La secretaria de Velázquez, 50. 24

La novia fantasma... 26

Perdón de un loco (a veces) inconsciente 29

Volveré tarde... o temprano 30

Mi universo favorito 32

Entrelazados... 34

Locuras de amor tales 37

Miedos 38

Aunque sea 40

Vuelvo a levantarme 42

¿Qué iba a decir la gente...? 43

La obra de arte hecha mujer... 46

Conversaciones con tu ombligo 48

Divagaciones 49

Psicoanalista psicoanalizado... 51

Soy 55

Me escribo por las costuras 56

La historia del argentino... 57

Y mucho 65

Divagaciones 66

Ventanas 68

El hombre que vivía de espaldas... 70

Treinta versos libertarios 74

Tiempos 76

No quiero 77

Soltad amarras 78

Amorte 79

De viaje 81

Mira al sur 83

El caracol y la oruga... 84

Cançon de con 88

El reloj de la estación... 90

La implosión de una caricia... 93

La pachamama 95

Y fin...

Renaciendo

Soledad

Pasa y siéntate.
No te preocupes, acuérdate.
Tengo un máster en soledades
con matrículas de honor
en intentos de escape
y suspenso en eliminación por compañía.

La soledad autoimpuesta
es la más dura.
Contra la impuesta
se puede luchar.
La elegida ya te tiene vencido de primeras.

Y cuando tú te abandonas
por más que cualquiera
los mejores cualquiera
te acompañen
te faltas tú
y no te encuentras
por más que te busques donde quieras.

Así que pasa
y cuéntame
que a parte de las cosas
que me haces sentir
también te busco
por las cosas
que me haces dejar de sentir
como esta maldita compañera

soledad.

Al Niño Perdido

Peter Pan me reprocha que haya madurado
desde el fondo del pecho, donde se oculta.
Encuentro razonable y justo su enfado
pues la fuerza de lo real por poco lo sepulta.

“De tanto madrugar se te olvidará soñar,
de tanto madrugar acabarás viejo.
Si creces más te arrugarás y no podrás volar.
Nunca Jamás te reconocerás en el espejo”.

Angustia pensarse, cual árbol centenario,
enraizado y atado por los pies a la Tierra.
La esperanza es que cada rama es un *desvario*
y llega a las nubes, y es allí donde se aferra.

Sé que la vida nos augura realidad,
conformismo, “aguanta y no alimentes tu afán
de revolución, sueños y disconformidad”.
Pero ¿qué quieres? No dejes de escuchar a Peter Pan.

Nubes de desconcierto

Bancos de niebla, espesos, recaudan
rayos de un frío sol de invierno.
En la carretera las nubes no ayudan,
vuelan raso, buscan el infierno.
Mis ánimos, a primeros de año, mudan.

La niebla equivale a confusión perdida.
Ocultas, las ganas esquivan las pilas
cargadas de amistad y familia querida.
Después de cargadas volver a filas
cuesta. El cuerpo pide calma recogida.

Pero hay que volver, “con la frente marchita”,
a las obligaciones, no hay otro destino
que seguir la puta rutina, la requisita,
la odiosa, la vulgar... Yo maquinó
una quiniela que me deje en casita.

Versos de cinco en cinco muestran
desasosiego, desorden, des...caos,
miedo al miedo, y los malos secuestran
la calma. “Para ser felices, remangaos,
trabajad, tragad, consumid” nos demuestran.

¡Me cago en la vuelta al cole! Cierto
que el estudio me da de comer. Pero tengo
cosas mejores que hacer, pues estoy muerto
de dudas, sin saber a dónde voy, de dónde vengo.
Yo me quedo en mi niebla, nube de desconcierto.

Despertar del caballero

Descuelga de la percha otro día.
Cálzate un camino por recorrer.
Entona una canción de despedida
a la noche que ya va a perecer.

Devuelve tus arrugas a la almohada
y duerme despierto hasta el espejo.
Lávate sin lágrimas las mil caras
y deja el peso del mundo en su reflejo.

Desayuna pensamientos, fantasías,
quehaceres de agenda ayer completa.
Sal a la calle, abre porterías,
vuelve a la vida sin cortarte la coleta.

Descubre qué autobús llega primero
a ser Rocinante de tu Don Quijote.
Cabalga a tu aventura, caballero;
busca Dulcineas (sin mirar en su escote).

No dejes que devore la tormenta
el lujo de soñar con tu mirada.
Lucha cada día, y alimenta
tu corazón empuñando tu espada.

Tarde

Toda la vida he llegado nunca, siempre tarde.
Nunca he estado a tiempo en todas partes.
Siempre llego antes, nunca por cobarde
pero siempre que llego al lunes es martes.
Cuando me levanto el sol ya está que arde.

Siempre he sido lento de reflejos,
y tardío para entender bien la vida.
Me veo en los espejos, y son viejos
mis miedos, y me cortan la subida
cuando bajo las pieles no hay pellejos.

Las bromas, los placeres, las aventuras
siempre a destiempo, y tarde, me duelen.
Entre divagaciones, *rayaduras* y lecturas
huyeron las oportunidades donde suelen.
Siempre las desilusiones fueron las más duras.

Como cadáveres de mi vuelta a la tardanza
las musas, las memorias, el amor, las carencias
me desapegan a la vida, sin orden ni templanza.
Degustaré con disgusto todas mis experiencias.
Vuelvo a llegar tarde, el mundo ya está en danza.

Te lo pido

Por razones que sí
vienen al caso
o no vienen,
o van de paso.

Por pasiones que vi
que escupen en falso.
Que me hieren
y cubren mi ocaso.

Fíate de ti.
Píntame en fuego
Sácame de la fragua.

Ríete de mí.
Sígueme el juego.
Báilame el agua.

Seguir hacia Ítaca

por Lluís Llach

Sigo buscando mi camino.
Sigue el camino desprendido.
Sigo enfrentándome al destino.
Sigue el destino descosido.

Sigue el niño interior dándome guerra.
Sigue Ulises buscando una razón.
Sigo siendo extraño en cada tierra.
Sigo buscando islas sin Robinsón.

Seguiría soñando aún despierto.
Sigo queriendo latir cada segundo.
Seguiría dudando aún en lo cierto.
Sigo explorando si se me acaba el mundo.

Seguí enamorado aún en desengaño.
Seguiré tratando unir perfectos amantes.
Seguí soñando perfecto amor antaño.
Seguiré queriéndote ahora más que antes.

Seguir buscando Ítaca cada día.
Seguir viviendo mil y una aventuras.
Seguir soñando. No despertaría.
Seguir amándote con todas las locuras.

Nubarrones...

Era un tío corriente. Como todos, tenía buenos y malos días.

Un día se despertó con una nube negra encima. Ya sabes, ese tipo de nube que se te posa en la cabeza y no se aparta de ti. La gente de su entorno le avisó “Oye, ¡vaya nubarrón que tienes encima!”. Pero él no se extrañó. Le había pasado antes, y con el tiempo, la nube acababa por disiparse, o por darle momentos de tregua y luz del sol.

Lo malo es que no era como antes. La nube negra le empezó a seguir a todas partes. Por mucho que la ignorara, no le dejaba ver el sol. Por más que él hacía quiebros y requiebros mentales, la nube le seguía a todos lados. Le inundaba la mente, le mojaba las ideas, le calaba por dentro.

Poco a poco, su interior se le fue pudriendo. El agua contaminada de la nube negra le empezó a arrugar el corazón, y a encojerle el alma. Sus ideas, sentimientos y emociones se reflejaban en el gris agua que le rebosaba del cuerpo, devolviendo una imagen emborronada de sí mismo.

La gente a su alrededor intentó ayudarle. Le ofrecieron paraguas donde guarecerse, para esperar a que pasara el chaparrón bajo cobijo seguro.

También le ofrecieron mirar la luz de otros soles, empaparse de los rayos de otras gentes, en pos de encontrar los suyos propios.

Pero él se quedó bajo su nube. Dio las gracias por la ayuda, pero pidió a todos que le esperaran al otro lado del horizonte. Quería que la nube negra no degenerara los cuerpos de otros. Y no estaba seguro de poder mirar sin culpa los rayos del sol.

Y siguió viendo corromperse su cuerpo, ya arrugado y enmohecido, envuelto por la humedad y la frialdad reinantes. Hasta que una niña, olvidando toda precaución, se acercó y le cogió la mano.

Él, enfurecido, quiso soltarse. No quería que la niña recibiera la furia de esa negra tormenta. Pero la niña simplemente se quedó a su lado, agarrándole fuerte la mano. Y se empapó con él.

Una extraña sensación de calor le surgió de lo más hondo. La niña le transmitía calor desde su pequeña y tierna mano. Y sin poder reprimirlo, se puso a llorar. Fue como si un embalse se hubiera desbordado.

El calor de la niña le empujó a desahogarse. Sus ojos diluvieron hasta vaciar la nube. Se encharcaron sus ojos, sus mejillas, todo lo sacó... Y su interior volvió otra vez a notar calor. La nube negra se disipó, y logró, por primera vez en mucho tiempo, mirar sin culpa los rayos del sol...

A lo mejor

A lo mejor necesito que la nube negra
descargue toda la furia de su tormenta sobre mí.

A lo mejor mi cabeza necesita del chaparrón
para quitarme los malos pensamientos
a base de sacudir hasta la última gota
que chorree de cada pelo.

A lo mejor calándome hasta los huesos
se me limpia hasta la médula de mal tuétano.

A lo mejor inundándome la sangre
se me limpia y deja de coagularse
en mis venas la tristeza.

A lo mejor me hace falta
arrastrarme por el barro
para poder remontar el vuelo.

A lo mejor bañándome en las aguas negras
se me quita la costra gris que me recubre
y puede volver a asomar el color.

A lo mejor necesito empaparme
por dentro para reblandecer
los callos de corazón y volver a sentir.
A lo mejor...

Sobre amores y musas

Las lágrimas que caen

Las lágrimas que caen
en soledad se secan en el suelo
si ni siquiera tienen
para secar cuna en un pañuelo.

Sólo las que humedecen
un jersey, un hombro o un regazo
mojan y escuecen,
hacen escombros de un abrazo.

Vivo mantenido por la duda.
Ninguna sabe lo que la espera.
Sigo mal vivido sin mi viuda
hasta que sufre mi ventolera.

En sangre, lágrimas y sudores
vienen las musas. Me envuelven
grandes esperanzas y dolores.
Sin ti las excusas me muerden.

Por la mañana me traen
la ilusión de un nuevo día.
De nuevo viejas ilusiones
despiertan mi manía.
Por la tarde rompen corazones
y la nueva noche vuelve a ser
oscura, sola y fría.

La secretaria de Velázquez, 50

Me fio, me río y me extravío
¿Quién me lo dice, me lo cuenta
que de mi camino, un desvío
me llevaría a Velázquez 50?

¿Y que una secretaria secretaría
tal cantidad de feromonas
que mi cerebro se abrasaría
entre hormonas y neuronas?

Dame más de tus besos
sin el menor interés variable.
Abre en clave tus pechos
con un café, sin que te hable.

Esconde tus pudores
con llave bajo la manta.
¿Quieres ser la única
que siempre me aguanta?

Amar dura una vida.
Es eterno mientras dura.
Amargura es la otra brida
Que se aferra a mi cordura.

Descubre los pliegos
que cubren tus miedos.
Recuerda tus ruegos
juntemos los dedos.

Escupe mis palabras
que esculpen macabras
luces grises y sombras
que guardas y me asombras.

Devuélveme mi reflejo.
Me ganas por tu escote.
Te tengo en mi entrecejo.
Hallé un amor de rebote.

La novia fantasma...

Hay que recopilar los acontecimientos sucedidos en este extraño fin de semana. Halloween tiene estas cosas. Las noches de brujas y el día de los difuntos sacan a la luz sucesos extraños, o lo que es peor, arrojan sombras sobre los hechos claros y cotidianos.

Conduciendo en dirección a la ciudad, ha visto junto a un puente un cuerpo esbelto, atractivo, sedoso. Un cuerpo envuelto en ropa negra, que denota curvas de mujer y piel de porcelana. La extraña aparición está de pie, junto a su propio coche, que está siendo inspeccionado por la policía. Es sólo un extraño acontecimiento más, que culmina el extraño fin de semana pasado...

En su pueblo natal creyó sentir una presencia... Nada conciso, sólo la sensación de estar cerca de alguien que le resultaba familiar... A simple vista no se apreciaba, tendría que pararse a pensar... No vio su cara, pero su cuerpo y su oscuridad le atraieron, su piel blanca le auguraba un tacto misterioso, que le encantaría acariciar...

Los recuerdos se agolpan en su mente. En un trayecto corto, unos días antes, creyó ver a la extraña fantasma envuelta en brumas, paseando por las calles, oculta entre las sombras de los árboles. Su compañía, unos ancianos en aparente paseo nocturno, le daban un toque de realismo que asustaba... Ella iba distraída, como en otro mundo, casi escrutando como gato en la oscuridad, huyendo de los focos del coche.

Otro recuerdo se posa en su hombro, como un cuervo negro que recita al oído el poema de Edgar Allan Poe. Un familiar le había dicho “Una chica de negro ha preguntado por ti”.

Lamentablemente, ni así se le mostraba la cara en su mente, difusa por la mezcla entre realidad y sueño. Era como esas cosas que nos pasan entre la vigilia y la duermevela, y no recordamos con claridad si son certeza o ensoñación.

De nuevo un recuerdo... En el local de siempre, tras unos días

de excesos, las buenas gentes adormecían sus vidas, ajetreadas por el vaivén del fin de semana. Una visión turbó su tranquilidad. De espaldas, una joven sentada atrajo su atención. Estaba girada y con las piernas cruzadas, de forma que él no veía su cara... Él no se atrevió a mirar... Estaba deseando abordar el misterio, descubrir la cara de esa chica de quien se había enamorado sin conocerla, sin cerciorarse siquiera de que existía...

En la soledad de su habitación prestada, piensa que todas las oportunidades de desentrañar el misterio han sido en semifallo, como el supuesto final de una película de terror que te da un penúltimo susto, cuando ya pensabas que saldrían los títulos... Él no hace sino darle vueltas a los recuerdos, luchando por poner cara a su amada, empañados sus ojos por lo borroso de la distancia, y el deseo envuelto en un espeso miedo...

Lo peor es que él no quiere que la película acabe. Piensa que si ella le mirara... Si hubiera parado el coche... Si hubiera bajado la ventanilla... Si sus miradas se hubieran cruzado, él se encontraría perdido, caería fulminado. El descubrir el misterio acabaría con él. Su novia fantasma se esfumaría, se disolvería como el humo de una pipa apoyada en la mesita del salón, como una niebla de Londres. Ella se volatilizaría, y él también. Lo que no sabe es si moriría por amor, por la muerte, o por ambas cosas, lo cual suena peor. Muerto de muerte por amor, en pos de su novia fantasma.

Perdón de un loco (a veces) inconsciente

No me pidas que no sea un inconsciente.
Trabajo mejor los mundos oníricos.
No esperes que sea muy prosaico.
Manejo menos mal los ritmos líricos.

No me pidas que no desvaríe
mi niña, aunque sea sólo a veces.
Persigo utopías y busco locuras
sin queriendo, por querer con creces.

Perdón por ser así, mal versador
de formas y fondos, sentimientos.
Me gusta ser removedor, agitador,
sea en poesías, verdades o cuentos.

No tomes muy en cuenta, ni en broma
todas mis ausencias, todos mis desplantes.
Donde hay siempre amores como molinos
yo veo, a veces, miedos como gigantes.

Volveré tarde... o temprano

Contigo lo quiero todo,
lady musa, lo que des
me lo guardo, me acodo
en tu duda, donde estés.

Tarde o temprano
volveré a perder.
Arde mi témpano
Por volverte a ver.

Calas hondo en mi verano.
Inviernas mis ganas de ser.
Arte y valor son en vano
si penas mi tara por volver.

No sufras por mí.
Ya estuve muerto.
Volveré a revivir.
Saldré del entuerto.

Sólo quedan heridas
que serán cicatrices;
nunca bienvenidas,
siempre con matices.

Cuento mis derrotas
por versos, por arte.
Volveré a mis notas
sin rencor por mi parte.

Creo que volveré tarde
o temprano, pero volveré.
Naufragaré en un mar de
dudas, pero sobreviviré.

Volveré a quererlo todo
en cuanto seas mi intrusa
en mi corazón, a mi modo,
mi lady Madrid, lady musa.

Mi universo favorito

Dices que soy el sol que te ilumina,
que hace todo más bonito...
Porque sin sol también se vive
pero todo se torna más aburrido...

Entonces...
Tú tienes una constelación de estrellas en tus ojos...
Me encanta hundirme en la profundidad
inmensa de tus agujeros negros, o mejor, azul-verdosos.

Entonces...
Tus labios son la fuente interestelar
donde sacian su sed los míos,
vagabundos galácticos, en su caminar.

Entonces...
Tus pechos perfectos son las dos Vías Lácteas
que quiero recorrer, cubrir, agarrarme
como a un clavo ardiendo, y aferrar...

Entonces...

Tu ombligo es la antesala de la supernova.

Y tu sexo es el planeta que más disfruto al recorrer
a la luz de la luna, saboreando cada manantial que asoma.

Entonces...

Tú y yo en la cama somos un big-bang

que desafía las leyes físicas

al expandir placer, amor sin parar.

Entonces...

Tú eres el sol en que me derrito.

Eres mi galaxia preferida.

Eres mi universo favorito.

Entrelazados...

“Tú mismo lo has dicho, no crees en el amor”. “¿Cómo puedes decir eso?”. La situación era compleja, teniendo una conversación sobre la incapacidad para querer con las piernas entrelazadas después de un orgasmo. Las respiraciones eran ya tranquilas, y las palabras susurros, pero cargadas de reproches con altavoz.

“No puedes decirme que no sé querer. ¿Y lo de antes?”. “Eso es otra cosa”. “Ah, ¿y tú, entonces, tampoco me quieres y finges los orgasmos?”. “Una cosa es poder disfrutar del sexo con alguien, y otra el querer que esa persona duerma contigo”. “Quiero que duermas conmigo”. “Tú mismo lo has dicho... Sólo has sentido el dolor del amor. Sólo has creído haber estado enamorado de alguien cuando no lo has tenido, o cuando lo has perdido. Ese amor no tiene sentido”. “El amor en sí no tiene sentido”.

Se guardó un tiempo de doloroso silencio entre los dos. Ella había puesto el dedo en la llaga. Él sufrió el impacto de sus palabras, eco de sus propios pensamientos. “Bueno, no tenemos que hablarlo ahora, hablamos mañana más tranquilos. Dame un beso, anda”.

Se soltaron las piernas, los pensamientos hacía tiempo que estaban desatados. Ella fingió quedarse dormida. Él siguió rumiando sus palabras. Se levantó y encendió el cigarro de rigor. Observó la céntrica calle de noche, aún con actividad y luz artificial. Al ver una farola parpadear, sintió su interior del mismo modo: intermitente, antinatural, y dejándole a oscuras cuando más luz necesitaba. Oscuros temores se desataron, mientras sentía que los nudos de la razón quedaban sueltos. Ella sabía que venía con tara de fábrica, y sin embargo compró en las rebajas su cariño. Él podía darle cariño, sexo y compañía, pero no encontraba dentro de él lo que ella necesitaba.

Volvió a la cama. Encontró un cuerpo desnudo, desarropado y encogido por el frío. Envolvió su piel con sus brazos, besó su pelo

y sus hombros, y cubrió su pequeño cuerpo. Intentó llorar, pero esas taras emocionales le lastraban más de la cuenta.

Al día siguiente, la ciudad siguió su trajín habitual. La despedida fue fría. Ella se levantó para ir a trabajar. Él se quedó con sus sábanas revueltas, su necesidad y sus taras. Lo que no durmió durante la noche, lo sufrió durante el día repasando las manchas del techo con su mirada. Temió no volver a verla. Una mancha más, pensó. Y otra vez sintió el amor cuando se despedía. Volvieron a entrelazarse el amor y el dolor, para atarse y formarle el mismo nudo en la garganta.

Quedó su olor en la almohada, algún objeto personal, acumulado durante el corto tiempo de relación más estable, y una tira de fotomatón encajada en el borde del espejo. Curioso, que un recuerdo tan anacrónico fuera lo que más le aferraba a ella. Allí se entrelazaron sus manos por primera vez, sus labios miles de veces, y sus cuerpos en la madrugada...

Un escalofrío le recorrió el cuerpo. No volvería a verla. Se intentó convencer de que era lo mejor. Hasta la siguiente noche, de completo insomnio. Y la siguiente... A la tercera, cualquier contacto con la realidad era pura coincidencia. Los altibajos de ánimo se sucedieron como la bolsa, variables y crueles. Su corazón era una quiebra total. Ya estaba ahí, lo volvía a sentir: El amor perdido. Volvía a no querer sentir. Siempre igual, queriendo sentir cuando no sentía, y sufriendo por dejar de sentir cuando sentía...

Esa tercera noche, ella llamó al timbre. “Te echaba de menos”. “Te quiero”. “Yo no lo sé...”. “Pues averígualo”... Y entre lazos, se llegó a la conclusión... Hay gente que no tiene sentido del amor...

Locuras de amor tales

Trastorno inespecífico
del estado de ánimo.
En bonitas palabras:
entorno pacífico
cansado de pánico.
¿Estoy como una cabra?

Locuras de amor tales
que deprimen los temores
de llamadas sin respuesta.
Locuras tan mortales
que esquizofrenan mis amores.
Soy un loco que se apuesta

la vida en cada encuentro
el corazón en cada una
de sus letras dedicadas
a sus musas. Me muestro
de forma más que inoportuna
enamorado, y ellas disecadas.

Si me muero será solamente
otro escalón, otro episodio
otro paso. Si no lato
por amor, será inútilmente.
Si no amo, será que me odio.
Amor, si no te pillo, aquí me mato.

Miedos

Tengo miedo de que se me acabe el amor.
Tengo miedo de no entenderte,
y de que no me entiendas.
Tengo miedo de temerte, y de que me temas.

Tengo miedo de que te sobre-respete,
y me sobre-respetes.
Me da miedo perderte
el respeto que te mereces.

Tengo miedo a soñar que soñé con otras.
Tengo miedo a mis amores platónicos.
Tengo miedo a que el amor que doy a gotas
seque bocas, y quedemos sedientos y agónicos.

Tengo miedo por ser buen amigo,
tengo miedo a ser amante mediocre.
Tengo miedo a ser destructivo
a sacar mi yo más oscuro, y que nos destruya.

Tengo un miedo atroz a la rutina
y pánico flotante a los desvelos
provocados por disputas y llantinas
por mi falta de puertas y tus espejos.

Tengo miedo a saberte a amarguras.
Tengo miedo a no saber resolvernó.
Tengo miedo a descoserte las costuras.
Tengo miedo a la decepción de no vernos.

Tengo miedo a que me faltes en mis camas.
Tengo miedo de no querer verte desnuda.
Tengo miedo a desgracias vaticinadas.
Tengo miedo a recordarte con Neruda.

Tengo miedo a ser cobarde, y perderme
en miedos inútiles, y rompernos, y romperme
pero aquí ¿quién no es cobarde por amor?
Prefiero tenerte conmigo, y temerte, y temerme,
que tener miedo, sin ti conmigo, con dolor.

Aunque sea...

Léase con acento "uruguasho".

Venís aunque sea
para cinco minutos.
Estás aunque sea
en pedazos diminutos.

Me buscás aunque sea
en el culo del mundo
Me encontrás aunque sea
de noche y sin rumbo.

Regalás aunque sea
el roce de tus manos.
Rozás aunque sea
mi piel, resisto en vano.

Me besás aunque sea
mi alma rota.
Me tomás aunque sea
mi sexo explota.

Querés aunque sea
sacarme una risa.
Me tenés aunque sea
despacio deprisa.

Te mostrás aunque sea
tan lindo para mí.
Te postrás aunque sea
por verme ser feliz.

Sos aunque sea
mi tabla de huída.
Vos aunque sea
devolveme la vida.

Vuelvo a levantarme

Recaudo decepciones
cada vez que me enamoro.
Decaigo en desilusiones
cuando lucho contra el decoro
inferior en condiciones.

Me gusta arriesgarme.
Prefiero un corazón roto
que sin estrenar ni mirarme.
En deuda quedo por tonto.
Pierdo el culo por enamorarme.

Duelo de meses y vuelo.
Me cubro con capa negra
Subo del cielo al suelo
Tropiezo en la misma piedra.
Te cubro a besos si cielo.

Cada verano vuelvo a caer
Me levanto y me sacudo
las lágrimas de otro ayer.
Con nuevas musas me ayudo
a revivir, y me traen a maltraer.

¿Qué iba a decir la gente...?

El herrero sale a trabajar al sol. Siempre lo hace. Es 1950, la electricidad es un lujo. No se puede desperdiciar la claridad. Una buena visibilidad ayuda a un mejor acabado en el trabajo. Esa, al menos, es la razón que él aduce para trabajar el hierro a la intemperie, incluso en el frío invierno. Porque...

¿Qué iba a decir la gente? Si se conociera la verdadera razón perdería el empleo y el honor. ¿Cómo explicar que todos los días de sol, la sirvienta del palacete cercano pasea a la niña de sus señores? Si alguien supiera que el herrero anhela el sol por ser el foco que ilumina a su amada... ¿Dónde quedaría su reputación?

La criada de los señores del palacete saca de paseo a la niña. Es bueno que la pequeña, enclaustrada en casa, reciba los rayos de luz sanadores del sol. Eso, al menos, argumenta con el cuello humillado ante su señor. Eso mismo arguye ante la señora, con la cerviz doblada. Porque...

¿Qué iba a decir la gente? Si supieran que en cuanto clarea el cielo sueña con ver al herrero en la puerta de su fragua, los fuertes brazos moldeando el hierro, las manos rudas embelleciendo el metal... ¿Cómo confesar que desea que jamás llueva, que se agosten los campos antes que dejar de ver a su amor?

El encuentro es fugaz, y tenue. La criada saluda con voz tímida, y el herrero responde al cuello de su camisa. Al pasar, la criada esconde una sonrisa y un rubor. El herrero levanta una ceja, y oculta un suspiro con un golpe al hierro. Incandescentes, el amor y el metal brillan, aún sin aparente causa.

Los paseos se repiten hasta que la atmósfera se carga. Llegan días de tormenta y frío. La luz se apaga, y también la esperanza. Cada rato de invierno es un suplicio. La criada se siente encerrada en el castillo. El herrero arde al calor de su hoguera. La niña llora mirando a la ventana. Acaricia a su gato. Se enfada, y el cascabel del minino es aplastado por manos diminutas.

Pero al poco, el sol renace, y florecen ilusiones. El paseo se invierte en la tarea de arreglar el destrozo. El cascabel es depositado en las manos del herrero. La criada devuelve la sonrisa, y el escalofrío. El herrero cincela un nuevo avisador, y parchea su deseo con el regalo, y la caricia. La niña, feliz, consigue un nuevo cascabel para su gato. Porque...

¿Qué iba a decir la gente? Si supieran que la niña, a su corta edad, entiende de amores, de suspiros, de honores, de pudores, de necesidades... ¿Cómo enseñar a los mayores que el amor no se funde, ni con las más frías lluvias, ni con los más incandescentes ardores? Si fuera tan fácil, la doncella y el herrero vivirían felices para siempre. Pero... ¿qué iba a decir la gente?

Así contaba la niña, ya abuela, la historia a su nieta. Fueron tantos paseos al sol descubriendo el cariño como espectadora...

Fueron curiosos sus ojos al descubrir la pasión oculta entre la doncella y el herrero... Fueron tiempos difíciles, donde, sí obstante, el amor aún se hacía presente... Pero si se supiera... ¿qué iba a decir la gente?

La obra de arte hecha mujer...

Apolo encontró entre sus juguetes un busto perfecto de barro. En otro tiempo una masa informe, en ese instante el pecho redondeado de una bella mujer. Dio a su forma la dureza seca del sol y el tacto terso y suave de la arcilla. Puso por dientes perlas blancas que casi brillaban en la oscuridad. Su tez morena, dorada por el astro, contrastaba con la sonrisa reluciente y endulzada con labios de aire exótico.

No contento con eso, pretendió darle a la imagen un halo artístico. Desmadejando su arpa, tejió una cabellera entrelazada en rizos negros, que caían en crenchas dando un aire salvaje a su cuello, y una frente despejada al que le quedaba de lo más original un flequillo en que se adivinaban melodías colgadas sobre los ojos.

Completó la escultural escultura con extremidades finas y abiertas, preludio de un increíble cuerpo que se abrazaría a si mismo, en defensa propia ante el ataque ajeno.

Despistado por la obra de arte, que destacaba incluso en el Olimpo, Apolo se ensimismó en su creación. Tal fue la manera en que su belleza fue declamada, que la figura fue robada por varias huríes, divinidades árabes en pos de imágenes que mostrasen su forma carnal al mundo. Despojada de su pedestal griego, las diosas inculcaron en la escultura aires arabescos, tonos africanos y misteriosos ojos azabaches, ocultos tras velos de mirada sensual.

Por virtud del destino, las mitologías griega y árabe se vieron emparentadas con tierras ibéricas. A la ya admirable obra de arte, se añadió la silueta y la melodía de una guitarra española.

La imagen de la belleza se erigió con forma apolínea, interior arabesco y semillas agitanadas. De ahí la escultura de pechos relevantes, piel tostada, dientes relucientes, sonrisa dulce... La melena morena, ensortijada y sonora al viento... Las extremidades amplias y receptivas, mostrando su abrazo al mundo... El alma misteriosa y oscura, revuelta en mares negros de sensualidad y

culturas lejanas... La negra inmensidad de dos pozos en los que asomarse y hundirse... Todo ello provocó que la escultura fuera ideal de belleza latino...

Y entre todos los dioses, dotaron a la mujer de un alma ansiosa de aventuras, de búsqueda de sí misma, de perfección consumada, de felicidad deseada...

Cuando toda esa amalgama se vio culminada, las deidades tuvieron miedo de que fuera demasiado bella, demasiado completa y demasiado perfecta para ser sólo una obra de arte. Desapareció misteriosamente de cualquier recinto divino. Se dice que la expulsaron de terrenos celestiales, pero por miedo a destruir tal preciosidad, aún ronda desterrada por los terrenos mundanos...

Conversaciones con tu ombligo

Aún tengo la esperanza
de verte tranquilamente
mirarte a los ojos
y que el mundo reviente
un par de horas contigo cerca.

E iniciar una batalla
por tu desnudez metafórica
y tú escondiéndote
y desvelarte eufórica
y tú tapándote las vergüenzas.

Y llegar al desnudo literal
desarmada ante el fuego amigo
sin lucha, en paz, por el placer
de tus mejillas coloradas
de tus ojos brillantes de tus murallas...

Luchar, simplemente
por mantener
una conversación coherente
contigo
abrazado a tu desnudez
susurrándole a tu ombligo.

Divagaciones

Psicoanalista psicoanalizado

El señor Bruckheimer llama a la puerta. La secretaria ya le ha dicho que pase, pero él es un hombre cauto. Nunca se sabe qué puedes encontrar en la consulta de un psicoanalista. Su natural precavido le previene. Así que sólo pasa cuando oye la voz familiar del doctor decirle “Pase”.

El señor Bruckheimer ya ha ido alguna vez al psicoanalista. Su relación con él ya es de confianza. Sin embargo, no se sienta hasta que el doctor se lo pide. “Por favor, siéntese, señor Bruckheimer. Retomemos la conversación de la semana pasada”.

Su psicoanalista transmite un aire de seguridad, de cercanía y de confianza. Aún así, el señor Bruckheimer siempre tiene la sensación de que no debe abrirse del todo con ese hombre. No sabe bien por qué, pero hay algo que no le gusta. A pesar de ello, sigue el tratamiento que le prescribió hace ya un par de meses.

“¿Sigue usted escribiendo sus sueños?”. La respuesta afirmativa del señor Bruckheimer alegra al médico. “Seguiremos con ello. Cuénteme, ¿qué tal esta semana?”. El señor Bruckheimer se acomoda en su asiento y empieza su relato...

He tenido un par de sueños hostiles esta semana. En uno de ellos discutía con la pareja de un amigo. Le echaba en cara nuestro progresivo distanciamiento. Acabé fuera de mí. Mis amigos me pedían que me calmara. En el otro sueño, me encontraba a mí mismo frente al espejo, pero no me reconocía. Era una sensación cruel, en la que me reprochaba en lo que me había convertido, como si fuera otra persona. Me decía cosas horribles...

El señor Bruckheimer queda en silencio. El doctor le invita a seguir. “Ya sabe que lo mejor en estos casos es verbalizar el sueño, racionalizarlo... Cuanto antes salga a flote el problema enquistado, antes lo podremos erradicar”. Pero el señor Bruckheimer parece desconectado. De repente, una chispa de luz ilumina sus ojos, y un toque de angustia timbra su voz, al rogar a su psicoanalista...

“Hágalo, doctor”. “Sabe que no puedo hacerlo, señor Bruckheimer -el doctor parece cansado de dar la misma respuesta -. No puedo seccionar su cuerpo calloso”.

“Doctor, tiene que hacerlo —suplica de nuevo el señor Bruckheimer-. “No puedo seguir así. Soy una marioneta en manos de mis sueños. Mi parte de cerebro racional se ve cada vez más invadida por la parte emocional. Mi intelecto se deteriora, mis conocimientos se esfuman. Los sentimientos me atrapan, las emociones me ocupan todo el cerebro. No puedo seguir así... Soy el lado desigual del triángulo isósceles, la pata que cojea del taburete. Mis amigos emparejados me atienden, me ayudan, me dan cariño... y eso sólo me hace darme más cuenta de lo solo que estoy. Soy Robin Hood, y he olvidado robar a los ricos para dárselo a los pobres, ahora sólo pienso en Marian. Soy un Peter Pan que sólo piensa en Wendy, olvidando a los Niños Perdidos. Por favor, doctor, necesito que me divida. Mantenga mis cerebros separados, divídalos. No puedo vivir así...”.

El doctor mira largamente al señor Bruckheimer. Nunca en su vida había visto a un paciente tan decidido a probar su arriesgado método. Seccionar el cuerpo calloso, el haz de fibras nerviosas que une las dos partes del cerebro, es una prueba experimental que nunca se ha atrevido a realizar. Sus investigaciones le muestran datos favorables en casos extremos, en que la parte emocional del cerebro “ocupa” a la parte racional, aunque no está exenta de riesgos... Pero para el señor Bruckheimer, es la única salida posible.

Mirando a los ojos del señor Bruckheimer, el doctor claudica: “Está bien. Lo prepararé todo”. Acto seguido, llama a la secretaria, que también ejerce como enfermera, y le pide que prepare la sala de bisección.

El señor Bruckheimer está nervioso. Al parecer, saldrá de ahí siendo otro. El doctor por fin ha accedido a sus deseos: Separar por fin su parte irracional y emocional de su parte racional, ana-

lítica y científica. Cree a ciencia cierta que su cerebro funcionará mejor después de la operación, a priori sencilla. Un instante tumbado en la cama, una luz láser que penetra en la profundidad de su mente, y ya está, será un hombre nuevo.

Fantasea con la posibilidad de ser un genio, de encontrar un trabajo mejor, fuera de su anodina oficina. Por su puesto, triunfará en el amor. Atrás quedarán sus incontables años de soledad. Ya no será una carga emocional para sus amigos y familiares. Nunca volverá a ser el impar en la mesa.

La operación es un éxito. El señor Bruckheimer no ha sentido nada, y todo, según muestran parámetros y demás máquinas de análisis, ha ido según lo previsto. Tras salir de la sala de bisección, el señor Bruckheimer paga a la secretaria, y pasa a despedirse del doctor.

“Muchas gracias doctor. Ha hecho usted de mí un hombre nuevo”. “De nada, señor Bruckheimer –contesta el médico-. Pero me gustaría saber, ahora que es irremediable, ¿nunca se ha preguntado sobre nuestra coincidencia? ¿No le parece extraño que su parte emocional viniera a mí, su parte racional, siendo su psicoanalista la parte racional contrapuesta?” “No sé de qué habla, doctor... Debe ser alguno de esos acertijos con los que le gusta tenerme liado hasta la próxima sesión”.

Y el señor Bruckheimer, supuestamente liberado de su parte emocional ocupadora, sale del despacho de su psicoanalista, de su parte racional, y de su vida hasta entonces. Descuidado, no atiende al cartel que, en la puerta de la consulta, menciona el nombre de su terapeuta, así como la premisa que rige su labor profesional: “Doctor Bruckheimer, Psicoanalista. Lo racional lo es todo, lo emocional no importa”.

Soy un puzzle al que le faltan piezas.
Musas y lutos llenan mis huecos.
Confundo sin cesar corazones y cabezas.

Soy un base que pivota, y no defendiendo.
Escolto mis fracasos tras mi alero.
Fallo otro triple, boto y nunca aprendo.

Soy Robin Hood, voy tras Marian
olvidando robar algo a los ricos
para que el pobre vaya al tran-tran.

Soy Peter Pan, y Wendy crece
y pierdo a los Niños Perdidos
y sigo entretejado en mis trece.

Soy el verso libre, incomprendido
que empalma líneas y tercetos
y cuenta cuentos sin sentido.

Soy la necesidad de lo fútil,
un negado que se reafirma.
Soy la utilidad de lo inútil.

Soy el lado y el ángulo desigual
de todos los triángulos isósceles.
Cada quien triangula sin cada cual.

Soy la pata que cojea del taburete.
Soy el que sobra en los versos impares.
Soy el Atleti en el Barça del triplete.

Soy sólo lo que fui, lo que seré, y ni siquiera
sé lo que un día fui, ni seré. Fuera lo que fuera,
sólo quiero ser lo que fui, o seré, eso quisiera.

Me escribo por las costuras

Se me ven todas las costuras
si disimulo el roto en mi cuero.
Me coso a puñaladas y muero
descosiéndome las armaduras.

Rompo y rasgo, luego me enhebro
y zurzo todas mis membranas.
Escribo entre recortes con ganas
de remendar trozos mi cerebro.

Me deshago entre mil retales
y parcheo mis cariños ya raídos
aprieta la vida, y los latidos
hilvanan mi ritmo de timbales.

Me roza vivir, y me escuecen
vestidos de luto, hilo en negro,
me escudo en versos, me integro
para entallarme, y no recrecen.

Me visto el pudor deshilachado.
Me aprieta el traje de bohemio.
Me tira la sisa del apremio,
necesito escribir, me he liado
sin aguja, ni hilo, ni ser del gremio.

La historia del argentino...

Cecilia mira al mundo con la certeza de que pasa de largo delante de ella. En cierto modo es verídico. El colectivo sigue su trayecto por la calle Corrientes. De pie, agarrada a la barra, sale del centro de Buenos Aires hacia la periferia. Los edificios se mueven a gran velocidad, dejando estelas de color en su retina.

Cecilia es psiquiatra. Sale todos los días de su casa con el pelo recogido en una cola de caballo, coleta risueña que provoca la desnudez elegante de su cuello y la sensación de que el aire es un lienzo que ella pinta con su pincel color canela. Su pelo brillante coloreando el viento, su andar frágil y sus formas sutiles no hacen adivinar su competencia trabajando. A pesar de ser la más joven es de las mejores, y el director la considera imprescindible.

Aunque la cualidad que más destaca en Cecilia es que sabe escuchar. “¿Sabés? Nunca nadie había prestado tanto tiempo a escuchar a un paciente como vos”. Claudia recuerda las palabras del director mientras se apea en su parada. La humildad sólo le permite una sonrisa tímida antes de enfrentarse al muro gris que rodea el edificio que se abre ante ella, con un portón enorme y una cámara que la enfoca en la puerta.

Sanatorio Mental. “Sólo el nombre ya asusta”, decía su último novio. La dejó porque pasaba “más tiempo con los locos que conmigo, acabarás reloca vos”.

Nada más entrar, tiene que enfrentarse a su primer “abordaje”. Fausto quiere enseñarle su último poema de amor. Fausto lleva treinta años en el hospital. Cuando terminó sus estudios de literatura, se obsesionó tanto con escribir el poema perfecto que su vida se derrumbó. De un brillante literato con tendencia al romanticismo, novia, buhardilla en el centro y bohemia, quedó un hombre destrozado, incapaz de hilar una frase con sentido, y de admitir su problema.

La frase más repetida de Fausto es “si no saco ese verso de

mi cabeza, explotará, ¿no lo entendés?”. Su paranoia es tal, que su familia pidió al juez que le declarara incapaz, y le encerró lejos de toda literatura. Cecilia se para frente a él, lee las palabras sin sentido que le ha escrito su enamorado, le susurra un “gracias, es precioso”, y le planta un beso en la mejilla derecha. Cecilia siempre piensa que es un genio incomprendido, que algún día sus poesías serán plagiadas por chicos para enamorar a sus novias. Fausto opina lo mismo.

Al entrar en su despacho, se encuentra con Tina. Como siempre, encontrará algo que no andaba buscando. Cecilia la saluda, pero sabe que Tina no contestará. Tina sufre una amnesia aguda y crónica. Cada mañana descubre la vida, y cada cinco segundos se le olvida. Su imposibilidad de llevar una vida normal y ordenada la llevó al sanatorio. Tina habla con ella varias veces al día, aunque al poco tiempo le desaparece cualquier vestigio de recuerdo de la misma conversación. Así que Cecilia suele oír un “Hoola, encantada, soy Tina. ¡Qué bonita coleta tienes! ¿Cómo te llamas?” unas seis veces al día.

Claudia permite a Tina estar en su despacho, a sabiendas de que está prohibido. Lo más que hará será buscar bajo sus papeles algún dibujo que haya hecho. Además, Cecilia está preocupada. Tina lleva unos días dibujando el contorno de sus tijeras en folios. Tiene que indagar qué significa eso.

La primera visita oficial de Cecilia es a la habitación de Manuel. Recorre los pasillos mecánicamente, hasta llegar a la habitación con el número 113. Manuel la recibe con su mirada triste, sus ojos azules están brillantes, como a punto de llorar.

Manuel es español. Lleva cinco semanas internado. Las vendas en sus muñecas muestran un desapego infinito por la vida. Su cicatriz en el pecho indica que, a pesar de sus escasos treinta años de existencia, ya se ha enfrentado un par de veces a la muerte. A Manuel, por ser el único extranjero, le llaman el Argentino. También le conocen como el suicida del corazón roto.

Cecilia recuerda el primer día de Manuel, la insondable tristeza que derramaban sus ojos azul claro. Manuel contó ese día cómo siguió a su novia gaucha a la Argentina.

Iban en pos de un cardiólogo experto que se atreviera a trasplantarle un corazón de mujer, más a la medida de un pecho frágil y pequeño como el suyo. Él le dijo a su amor de toda la vida que la amaba, justo antes del trasplante. “Si tú no lo quieres lo tiro –le había dicho-. ¿Para qué quiero yo un corazón roto?”. Ella le contestó que le quería, y él ya no quiso operarse. Aún en la camilla, sedado, pidió que pararan, gritó que ya no necesitaba cambiar de corazón. Tarde, cuando lo dijo sus ojos ya se nublaban por el gas...

Ella murió esa misma noche. La autopsia reveló grandes dosis de cocaína, a la que era adicta, y un paro cardíaco como explicación más directa. Al enterarse en la convalecencia, con su nuevo corazón casi por estrenar, él enloqueció de dolor y de desesperación. Intentó arrancarse los puntos de la cicatriz que dividía su pecho y abrió su parte más espiritual al frío dolor de la soledad, a la corriente con cremallera. Le ataron las manos y los pies. Se revolvió hasta quemarse las muñecas y los tobillos... Su convalecencia por el trasplante le llevó a otra, más incierta, en el sanatorio de Cecilia.

Ahora, ya más tranquilo, Manuel pasaba los días intentando explicar a Cecilia, y a todo el que quiera escucharle, que su problema tenía fácil solución. Si le dejaran volver a ponerse su viejo corazón, ella volvería... Cecilia tiene que parar a veces las sesiones. Todavía no se ha insensibilizado con la historia, y a veces tiene que salir de la habitación y taparse la boca para ahogar un sollozo.

Hoy Manuel le saluda con tristeza. El médico le ha vuelto a negar el cambio de corazón, y él ve diluirse las posibilidades de recuperar a su amada. El choque traumático ha dado paso a una fase de aceptación basada en la responsabilidad. “Yo la maté, Cecilia. Me quité el corazón que ella quería...”. “Manuel, su adicción

la mató, en todo caso tu primer corazón descansa con ella...”. Manuel promete sonreír un día de estos a Cecilia, y ella sigue su ronda de visitas con un nudo en la garganta.

La siguiente en la lista es Malena. Está aislada en la sala acolchada desde hace dos días. Malena es una chica joven, de unos veinticinco años, atractiva y muy lista. La vida podría haberla hecho muy feliz pero, por un capricho del destino, Malena fue la única nacida superviviente de un embarazo múltiple. De los tres embriones que se implantaron en el útero de su madre, Malena fue la única que se desarrolló y nació viva. Los otros dos embriones se descolgaron de la matriz.

Malena sufrió su primer episodio maniaco a los quince años. Su padre, hastiado por una discusión en la que su hija, de nuevo, perdió los papeles y le llamó impotente, le soltó “No me extraña que mataras a tus hermanos. Eres un mal bicho”. La explicación de su madre no le reconfortó. “Fue una simple selección natural”. Malena rumió esa afirmación, hasta autoproclamarse “la asesina más joven de la historia”. En los primeros momentos, su actitud fue tomada como represalia contra su padre.

Posteriormente, como un guiño a su autodestrucción y sarcasmo para consigo misma, tan propio de los adolescentes. Pero su estado se agravó, y al episodio maniaco le siguió la más absoluta desidia por la vida. La apatía ante un mundo que la acusaba de asesinato fue más fuerte que la realidad. La alternancia de extremismos en su ánimo empujó a sus padres a recluirla, primero durante algunas fases y luego permanentemente, en el sanatorio.

Cecilia intenta hablar con Malena. “Yo les maté. Hermanitos...”, repite insistente. Su obsesión con la muerte de sus hermanos ha crecido en los últimos días. La historia del Argentino corrió como la pólvora entre los internos, y cualquier suceso relacionado con la muerte altera el ánimo de Malena. Cecilia anota en su informe “*NO hay progresos en el estado de ánimo*”, y sale de la habitación visiblemente afectada.

Los sucesos de Manuel y de Malena le han trastocado el ánimo. La falta de mejoría, su estancamiento en pensamientos repetidos y destructivos, preocupa a nuestra doctora. Antes de encerrarse en su despacho a analizar historias clínicas, ve a Fe persiguiendo a Gabriel.

Fe es una neurótica maravillosa, enamoradiza y locuaz. Su nuevo capricho es Gabriel, el conductor de ambulancias que nunca deja pasar a Claudia por detrás de él. “Sos demasiado bonita para pasarme por la espalda, boluda” le suelta cada vez que intenta esquivarle. Aún no ha asumido que lo suyo fue un revolcón, un apagar la sed del deseo en el cuarto de las enfermeras una Nochebuena de guardia. “Se tiene merecido un poquito de Fe”, piensa Cecilia. Y se ríe por primera vez en toda la mañana al ver a Fe, la acosadora, pellizcando el culo a Gabriel.

Al cerrar el despacho, ve a Tina colarse por la rendija. “¡Hoola, qué tal, cómo estás?”. Claudia la despacha rápido, aunque Tina quiere pegar la hebra. “Macanudo, Tina, pero tengo que trabajar”. “¿Puedo llevarme las tijeras para recortar mis dibujos?”. “Sabes que está prohibido, Tina” contesta Cecilia. “¿Y las de punta redonda?”. Cecilia accede, más por quedarse sola que por convicción de que sea una excepción válida.

Su mañana no mejora entre informes médicos. La burocracia es la parte más doliente de su trabajo. Cecilia asume su responsabilidad administrativa por mecánica, pero no puede abstraerse de los casos de Manuel y Malena.

A media mañana, Tina vuelve, emocionada. “¡Lo he conseguido!” “¿El qué, Tina?”, pregunta Cecilia. Sabe que Tina cree recordar cosas que luego suelen ser recuerdos de hace años. Hace poco recordó que Argentina campeónó su segundo mundial gracias a un gol con la mano de Maradona.

“He hecho un favor -sigue Tina-. Le he dado al Argentino lo que me pidió”. Cecilia mira a Tina con extrañeza, hasta caer en la cuenta. Su carrera hasta la habitación de Manuel no tiene

sentido: La multitud ya se agolpa en su puerta. Gabriel mira con cara desencajada cómo el cuerpo de Manuel, rodeado de médicos, luce una cicatriz en el pecho abierta y sangrante, con los puntos saltados por las tijeras de punta redonda.

Fausto, por una vez, se ha quedado sin palabras. Fe ha olvidado a Gabriel, principal motivo actual de su existencia. Tina graba un recuerdo en su mente por primera vez en mucho tiempo. Y Cecilia no puede mirar. Aún es mayor su desazón cuando, mirando a la ventana de la habitación de Malena, observa a ésta con la cara en el ventanuco, al tiempo que sus labios silabeaban las únicas palabras que pronuncia desde hace días: “Hermanitos...”.

Al salir del sanatorio, Cecilia no puede evitar un suspiro. Afortunadamente, Manuel sigue vivo. Los médicos llegaron a tiempo. Acondicionaron para Manuel otra habitación acolchada. Malena y Manuel apoyarán la cabeza, con su mirada perdida, cada uno a un lado de la pared. El suicida del corazón roto y la asesina más joven de la historia compartirán pared y sufrimiento.

Montada en el colectivo, de vuelta a su casa en el centro de Buenos Aires, Cecilia llora. Un hombre a su lado no sabe si osar inmischirse. Le ofrece un pañuelo que ella oprime contra su boca y su nariz. “Gracias”, dice Cecilia. El señor, enternecido por la imagen de la niña de la coleta llorando, sólo sonríe con ojos tristes, solidario.

Y mucho

Mucha gente me quiere mucho,
tengo permiso para odiarme.
Pienso que después o antes
alguien vendrá a rescatarme.

Limitaciones de mí conmigo,
de mi cuerpo, o de mi coco.
Todas me quieren como amigo,
pocas me quieren ni un poco.

Soy como uno más, común
de los comunes mortales.
Aún tengo ganas de saber
a qué saben las vestales.

Diosas vetadas a tíos como yo.
Aún así, tengo ningún derecho
a soñar con que algún día cayó
una musa en mi abrazo estrecho.

Y me dio sus besos como flores
y me negó nada, y de todo mucho
y me quedé entre sus amores
envuelto en los rumores que no escucho.

Divagaciones

Me ahogo en la mierda.
Escucho a Serrat.
“No hago otra cosa
que pensar en ti”.
Me invade de nuevo
el horror vacuú.

Quiero soltarlo todo
y escribo sólo
pa’ desahogar
y encontrarme
y encontrar
una razón para seguir.

Busco desesperado
y no encuentro más razón
que por estar a tu lado.

¡No jodamos! Nadie
debe ser responsable
de mi felicidad.

Sólo yo. Por tanto
hay que salir del pozo
negro del desencanto
por la vida, y reclamar
mi camino, mi lugar.

Tu desgana no hace
más que quitarte puntos
para ganar por KO
la batalla a la depresión.

Vacío mis mentes
de miserias y alegrías
de mis dicotomías
de mis inconscientes
de mis majaderías
y aprieto los dientes.

¡Basta Ya! No deberías
oír voces prominentes
que sueltan incongruentes
divagaciones y habladurías.

Ventanas

Miro a la ventana de reajo,
al otro lado hay letrujas:
árboles, calles, ciudad,
revuelo de voces marujas.

Veo tras los cristales
sucios, o son mis ojos
más allá de los horizontes
destrozo del temeroso.

La ciudad refleja, herida
el desinterés de las horas
por darme ninguna salida
a las dudas estranguladoras.

Escruto cada brillo de luz
y no encuentro respuesta.
Sólo el continuo alud
del tiempo se me indigesta.

Sufriendo de vida, almático
sólo veo en la ventana
un muro transparente vacío
de necesidad inhumana.

No controlo mis impulsos.
No sé si son mis deseos
de volar sobre los ilusos
o romperme todos los huesos.

Saltar por cada ventana
que muestra otro universo
buscando cada mañana
encontrar de nuevo EL verso.

El hombre que vivía de espaldas...

Siempre le habían gustado los asientos de autobús que miraban hacia atrás. De pequeño había algún autobús que le llevaba de su pueblo a ciudades cercanas, y que tenía algunos asientos que miraban hacia atrás. Él procuraba conseguir siempre esa plaza, desoyendo los consejos de su madre: “Te vas a marear...”.

Cuando llegó a Madrid empezó a sentarse, siempre que podía, de espaldas a la marcha. Le gustaba ver las calles ya pasadas, los edificios superados, las caras reflejadas en los cristales traseros...

Su mente también tendía a mirar hacia atrás. Veía las cosas como por encima, no se paraba mucho a pensar. Sólo el tiempo le hacía entenderlas con claridad y formarse una opinión sentada y fundada.

Incluso le daban miedo los buenos momentos. A veces, en medio de esos momentos tranquilos, relajados, entre familiares y amigos... incluso ahí, se alejaba como quien separa el libro para leer mejor. Esos ratos, esos que mucha gente vive para recordarlos, él los recordaba para vivirlos.

Nuestro hombre orientado al pasado vivía de espaldas. El presente era para él una pequeña incomodidad que pasar para tener recuerdos. El futuro era como un libro de poesía empezado, del que se desea llegar al final para poder releer los versos que más han gustado.

Hasta los sueños de nuestro hombre eran como revisiones de momentos pasados, como “montajes del director” de una película ya estrenada.

Hasta que un día, por esos azares de la vida, se encontró con una película ambientada en un futuro lejano. La película mostraba las típicas catástrofes de un planeta condenado por la ineptitud del hombre.

La protagonista dijo unas palabras que se le quedaron grabadas. “Confía en el mañana”. Con esa frase en la cabeza, nuestro

hombre se fue a dormir. Como siempre, asumió que el peso de la memoria juzgaría si la frase, la protagonista y la película eran dignas de ser recordadas.

Pero por una vez, no soñó en pasado. Soñó con los ambientes de la película, en concreto con un precipicio... que se abría justo delante de sus pies. Al otro lado, la protagonista de la película le susurraba unas palabras que, curiosamente, él oía perfectamente. “Confía en el mañana”.

A su espalda empezó a levantarse un viento que pronto se convirtió en huracán, con la malsana intención de ser su salvaje empujón hacia el abismo.

Nuestro hombre, fiel a su costumbre, se dio la vuelta, y con la negra profundidad a su espalda, intentó luchar contra el viento. La protagonista, aún contra el viento y al otro lado del despeñadero, se hacía oír: “Confía en el mañana”.

Pero era imposible. El viento le arrastraba sin remisión hacia la sima. Así que, por primera vez en su vida, decidió mirar hacia delante. Si había que morir, que fuera de frente. Se colocó de frente al abismo, y se preparó para lo peor.

El viento le arrastró hasta el borde. Ya no había escapatoria. Un violento golpe de aire le arrancó los pies del suelo. La impresión fue tremenda. Por un momento el corazón se le encogió más que nunca, y se sintió morir antes de caer. Cerró, los ojos, resignándose.

Sin embargo, notó de nuevo suelo bajo sus pies. Extrañado, abrió los ojos. Estaba al otro lado del barranco, junto a la protagonista. Al mirar atrás, se dio cuenta de que seguía al borde del abismo, pero que ahora éste estaba a su espalda.

Asustado, dio un paso adelante. El viento le había arrastrado de un lado a otro del abismo. Y ahí estaba, al lado de la protagonista, que volvía a decirle, profética: “Confía en el mañana”.

Entonces, nuestro hombre despertó, atónito. Estaba empapado en sudor. No era de extrañar, como tampoco lo era que su co-

razón retumbara en su pecho. Nunca había soñado nada parecido.

Se sentó en la cama, tranquilizándose a sí mismo. “Probablemente una ducha lo arregle todo”. La ducha le despejó, pero en cada sacudida de su cabeza para retirar el agua, una frase le retumbaba en la mente: “Confía en el mañana”. Al salir del baño se sintió relajado, animado, con ganas de empezar de nuevo.

Tras vestirse y desayunar, salió a la calle, miró al sol, y se dirigió al autobús. Cuatro palabras habían bastado para cambiarle la existencia. Cuatro palabras habían destruido su modo de entender la vida, mirando hacia atrás. Ya no había marcha atrás. El abismo estaba detrás. Sólo le valía seguir hacia delante.

Y al montarse en el autobús se sentará en el único sitio en que podrá hacerlo: Delante, mirando al frente.

PD: Hoy empieza a trabajar como conductor de autobús.

30 versos libertarios

Puedes haber sufrido años convulsos
hasta llegar al punto y seguido,
y aún seguir sufriendo tus impulsos.
Puedes haber dejado la adolescencia
con la tranquilidad de haber conseguido
conocer y disfrutar la desobediencia.

Puedes estar ajando tu juventud
con pérdidas prematuras y tristezas
que se llevaron parte de tu salud.
Puede estar agriándote, mal disimulado
el suavizar algo tu rebelión, y la pereza
de tu gusto por la dictadura del proletariado.

Puedes sentir que ya no tienes fuerzas
que demasiado pronto te abandona
la capacidad de increpar todas las altezas.
Puedes sentir que no puedes ser más rojo
y se te aclara la sangre, y te condona
la queja cínica, pasando del enojo.

No puedes obviar cada injusticia
ni olvidar que prometiste indignarte
y rebelarte ante cada malicia,
ante cada dolor del ser humano.
No puedes, ni debes olvidarte
se lo debes a quien te tendió la mano.

A quienes sufrieron por ti antes.
A quienes te regalaron treinta años
de libertad y cariño recalcitrantes.
Tus sueños de anarquía antidolor,
antídoto de la desidia, del desengaño.
Puedes soñar más que en gris, en technicolor.

Tiempos

Tiempos pasados, borrosos, regresan,
recuerdos vagos se empeñan en ser
devueltos al escaparate, y pesan
en precio y en fuerza en mi querer.

Tiempos turbios, entonces, ahora
recuerdos felices de niños poetas.
Tiempos lejanos, abruptos, devora
el mundo las ganas de nuevas metas.

Tiempo atrás los sueños discurrían
delante de hojas de papel, y pasaban
poemas, divagaciones, musas que veían
nuestros ojos, y nuestras almas amaban.

Tiempos pasados, turbios, recordados.
Tiempos revueltos, abruptos, soñados.
Tiempos rimados, oscuros, olvidados.
Tiempos nuestros, queridos, añorados.

No quiero

No quiero llegar al final
y arrepentirme de los pasos
que no he dado.

No quiero terminar y ya,
desdibujarme y que las olas borren
mis pasos en la arena.

No quiero echar la vista atrás
y llorar por unos escasos
tropezones equivocados.

No quiero cumplir y acabar
y que todos me lloren
y se acabe la luna llena.

No quiero volver a terminar
una vida llena de retrasos
Y sueños inacabados.

No quiero mirar al mar
Y que me llene las velas, y soplen
y el último suspiro libere mi condena.

Soltad amarras

Deseando huir
bajo a los fondos
me pierdo en lo más ruin.

Busco el desprecio
que me dé el valor
para apuntarme al suicidio colectivo
no por irracional menos necesario.

Aún en las ruinas
de mi incompreensión redimida
encontré el odiado apoyo
que no me deja abandonarme
al sueño o el letargo de los justos.

Aún sin esperanza
ni rima
ni más ostias que el hastío por la vida
me duele y me ata
y me mantiene amarrado al subsistir
aunque sea
con la soga al cuello.

Amorte

Sigues dolorosamente ausente
e inquietantemente presente.
La cama se hace mejor
por el cabecero
y tú me la deshaces por los pies.

Te sueño, me dueles,
te abrazaría, te siento,
te beso, borro tus huellas,
te deseo desesperame.

Te aborrecería
después de tantos desengaños
de la mentira
del eres eterno pero me descreo.

Amor, te espero
entre las sábanas,
a muerte espero
a ver cuánto tardas.

De Viaje

Mira al sur

Nunca he ido más hacia el sur en tren.
Miro a lo lejos y me pregunto si acaso
las únicas miradas que miran y se ven
son las de las musas que duermen al raso
e iluminan con el brillo de sus ojos el vaivén.

Las vías refulgen, chirrían de medio lado.
Te envías a ti mismo a lugares al final
de las paralelas, y te espera iluminado
ese fulgor que sólo da una terminal
donde ella aguarde en el andén desolado.

Su visión en la estación elimina la pereza,
los dolores, las paradas que pasaron.
Los andenes que recuerdan la tristeza
de saberse entre los que se quedaron
y esa musa que te ciega con su belleza.

Llegas al destino, y recoges tu equipaje.
Libros, cansancio, horas y estaciones,
reflejos de horizontes ondulados, oleaje,
sinsabores del camino, mitigados por dulzones
labios recibidos con besos al final del viaje.

El caracol y la oruga...

El caracol se relaja por fin después de un largo viaje. Ha tenido que recorrer largos caminos, dejar su hilo brillante a modo de resplandeciente huella por numerosos rincones, para llegar al lugar de destino. Todo ello en un paraje casi paradisíaco. Desasido de su más fiel compañero, a la par que su más asfixiante y acaparadora cárcel: Su caparazón. Eliminada toda atadura, desatado todo nudo que le ate a la tierra, puede por fin aceptar su condición de sedentario. La calma invade cada centímetro de su piel. Por fin puede descansar.

Cansado por tan largo viaje, rememora en su mente las aventuras a las que hizo frente. Todo empezó cuando el caracol se hizo consciente de su condición intrínseca de nómada. Su propia naturaleza, que le incorpora el lugar en el que habitar en su propio cuerpo, le empujaba a explorar el mundo. Las leyes genéticas le dotaban de la posibilidad de escapar de las raíces que arraigan a otros seres a un espacio predeterminado: Su territorio era cualquiera que se viera con fuerzas de recorrer. Su radio de acción, tan amplio como quisiera desarrollar.

Así que, haciendo caso a su espíritu, salió en la busca. No sabía bien qué buscaba, pero sabía que lo encontraría.

En el principio de su camino, algunos conocidos le tomaron por loco. Otros amigos, preocupados por su suerte, le aconsejaron que no se aventurara ante lo desconocido. Las piedras y los árboles le recomendaron las bondades de la vida tranquila y asentada. Algunos caracoles le sugirieron moverse en pequeños territorios, que pudiera conocer rápidamente y que le dotaran de relativa libertad y, al mismo tiempo, no implicaran demasiados riesgos. Incluso algún pájaro le aconsejó ir a otro lugar, conocerlo y regresar, en una ida y vuelta que le aseguraba amplitud de miras y conocimiento de causa.

Sólo cierta oruga le apoyó en su tarea de búsqueda. Ella tam-

bién tenía una misión de conocimiento, tenía que buscar su propio camino: Una mutación que le convirtiera en otro ser, preferentemente que fuera capaz de salir de la cercanía del suelo o cualquier superficie sólida. La oruga quería ser mariposa. Su voz dulce, su mirada sincera y su risa entrecortada infundían ánimo y disipaban las dudas del caracol.

Así que, empujado por ese ánimo de su oruga cercana, se embarcó en el viaje de su vida. Recorrió senderos, subió montañas, descendió acantilados... Incluso se pegó a barcos, traspasó continentes, dejando atrás chorros de su incesante huella. Allá donde llegó preguntó, aprendió, se sintió acogido pero extraño, dada su condición de nómada sin remedio... Como el caracol creció, también lo hizo su caparazón. Y él lo llenó de espirales de recuerdos, descascarillados dolores, y resplandecientes soles a los que sacó sus cuernos.

Aún así, la tentación le hizo volver al lugar del que provenía. La tentación de contar a las piedras y a los árboles todo lo nuevo que había visto. De ampliar las miras de los caracoles que cerraban una y otra vez el círculo que envolvía sus vidas, como el epicentro de sus conchas. Incluso la tentación de animar al pájaro a cambiar su ruta migratoria y conocer otros paraderos.

Pero sobre todo, el poder contar a la oruga la transformación que vivió durante el viaje. Así que, tras desandar todo el camino, aterrizó en su destino. Como reacción a sus relatos algunos árboles inclinaron sus troncos para cambiar su perspectiva. Algunos caracoles ampliaron su espiral de recorridos y de carapachos. Incluso alguna piedra rodó río abajo en pos de aventuras, y algún pájaro se aventuró en otras rutas migratorias.

Cumplidas sus tentaciones, se arrastró hasta el lugar donde se despidió de la oruga. Esperaba volver a encontrarla, y animarla a emprender su propio viaje. Si él podía ayudarla lo haría, en aras de su felicidad, como ella ya le animó en su marcha.

La oruga no fue fácil de encontrar. El caracol sintió miedo

por primera vez. Sabía que quería cambiar, ansiaba ese cambio. El caracol esperaba con desespero que no hubiera desaparecido. Por fin, encontró un manto roto y abierto, parecido a un saco de dormir natural consumiéndose al compás del tiempo.

Y entonces ocurrió algo maravilloso. Una mariposa apareció contoneándose y revoloteando juguetona al sol de la mañana. Al principio, el caracol no la reconoció y se refugió en su celda, protegiéndose. Pero al escuchar la voz de la mariposa, la reconoció. Esa mariposa posada en su caparazón fue en otro tiempo su amiga oruga.

La oruga había conseguido su propósito. Encontró la forma de mutar. De dentro de sí creó un verdadero saco de dormir, en el que se imbuyó durante largo tiempo. El proceso de transformación fue largo y duro. Incluso pensó muchas veces en dejarse llevar y no luchar más. Sólo recuerdos como el del caracol y su búsqueda la animaron a seguir.

Y tras duros esfuerzos, consiguió su propósito, pero no fue hasta que se decidió a abandonar su propia celda. El capullo de seda dio a luz a una preciosa mariposa, llena de color y de vida, ansiosa de recorrer el mundo y disfrutar de la luz del sol.

Tras contar todo esto explico al caracol que debía seguir su camino, como él buscó el suyo. Y se fue. Dejó en el caracol un poso de tristeza por lo escaso del encuentro, y un “*Hasta pronto*” de la mariposa que le hacía albergar esperanzas de poder volver a contemplar su belleza, y llenarse de su presencia...

Y ahora el caracol, tumbado al sol, excarcelado de su coraza y tumbado sobre un saco de dormir inevitablemente familiar, disfruta de la calma del sol del mediodía...

Cançón de con...

Me como mi media naranja
para merendar.
Si no conozco más medias
¿qué más me da?
No quiero ni hablar con amor
es tan superficial.
Prefiero ser sexo en potencia
luego con poco más.

Contigo conmigo consigo
olvidarme de to'.
Cualquier suceso de fuera
de este colchón
es nada, un gas que se esfuma
y no deja ni olor.
Sólo quiero que esto dure un segundo,
mil o un millón.

Consuela ver tu recuerdo
en cualquier rincón.
Conllevo la pena con filtros
de tabaco y ron.

Contiene el fondo del vaso
un poso de son
cubano, ecuatoriano,
o cochabambón.

Con nubes de humos envuelvo
sábanas de espera.
Me paso con tu recuerdo
noches en desvela.

Condena saberte tan lejos
de cualquier manera.
Consiento pasar cinco meses
si al final vuelvo a verla.

El reloj de la estación...

La ventana abierta del salón resopla el tintineo del tren en la cara. Parece quererte refrescar, como compensando en la noche el calor que la tarde ha desparramado en el salón. Ahora la noche es fría, y abres la ventana con ganas de despejar los poros y las ideas.

Desde el salón ves, reflejado en la ventana abierta, el reloj de la estación de tren. Se ilumina de noche, y su esfera blanca, salpicada de marcas y números romanos, simula los cráteres de una luna llena que esta noche parece más lejana que nunca.

El reloj y su estación suenan a viaje, y a impostura. Los viajeros son extraños que ven a cada uno como más autóctono y propietario de ese espacio ante ellos, nómadas de tiempo y lugar. Como los andenes de ida y vuelta, los viajeros entran y salen de la estación. Cada uno lleva una historia en su maleta.

Te pones a fantasear con la historia de cada viajero que cruza la ventana. Aquel viajero con sombrero y reloj de bolsillo, ¿qué cuento llevará escondido bajo el ala? Y aquella chica guapa, ¿quién la esperará para compartir esterilla, saco y cantimplora? El ejecutivo de traje y corbata, ¿qué oscuro secreto oculta tras sus gafas de sol, su chaqueta y su enorme tic-tac de pulsera?

Cada viajero una maleta, cada maleta una historia, cada historia un tiempo y un espacio cambiantes.

Historias enfundadas en tela, plástico o cuero. Historias contadas sobre raíles, huídas en líneas paralelas.

A través de la ventana se observa cómo el viajero del sombrero da cuerda a su reloj, poniéndolo en hora. La chica de la cantimplora camina divertida, balanceando su cantimplora colgante con movimiento pendular. El ejecutivo impaciente voltea una y otra vez su muñeca, esperando ver correr dígitos.

Quizá el señor del sombrero y la maleta de tela inicie su viaje hacia el mar, en pos de un merecido descanso. Con suerte, su

reloj se volverá de arena, girando imprevistamente de cuando en cuando para darle otro rato más. Y puede ser que él dibuje con los dedos gordos de sus pies desnudos dos líneas paralelas en la playa de su retiro.

Quizá la chica desgarrada busque, en el retiro de las estaciones montañosas, ver las cosas de otra manera. Tal vez sueñe contigo mientras gotea su cantimplora pendular. Gota a gota, líquido y vida, humedecerá las piedras a borbotones, formando un reguero de túneles a través de los riscos que atraviesen su corazón y tu montaña.

Quizá el tipo de traje y corbata, y grillete en forma de prestigiosa marca de marcadores temporales, busque apearse en una estación donde pueda aflojarse el nudo que le aprieta la garganta y el alma. Quizá desabotonarse una traviesa del camino, aflojarse la pulsera de su condena, y descarrilar del raíl estipulado.

Dan las doce, toque de queda. El tren sigue su camino. Queda un único testigo, ojo tuerto que observa el fin del viaje por hoy. Cada viajero una maleta, cada maleta una historia, cada historia un tiempo y un lugar. El reloj de bolsillo, la cantimplora de la chica, el peluco del ejecutivo. Y el reloj de la estación.

La implosión de una caricia

Como todos los fenómenos grandiosos, sucedió en un momento y en un lugar ajenos a cualquier lugar magnífico o increíble. Fue en un sencillo portal, a media tarde. El sol aún calentaba la primavera, y la excusa del café ya era insostenible. Por lo tanto, el encuentro debería terminar sin más pena ni gloria.

Para cualquier otro, la acción habría sido insustancial. Incluso durante la charla había habido otros momentos de mayor repercusión. Un silencio con cruce de miradas, una sonrisa con la mirada descendiendo tímida... Podrían destacarse mil estrellas fugaces antes que ese diminuto suceso que, sin embargo, fue la supernova del día.

Acabada la conversación, hechos buenos los propósitos de reencuentro, la despedida tuvo el rigor de lo puro, y la cercanía, el cuidado de lo frágil.

Y sin embargo, los cuerpos, los celestes y los humanos, se alinearon en pos de provocar las condiciones idóneas para que surgiese la chispa de la que nació el big bang. Por arte de magia, las pieles se rozaron durante un instante. No fue más que un suspiro, una insignificancia del que ni siquiera el mejor astrónomo se hubiera percatado con un mega telescopio.

Y con embargo, se produjo el estruendo al romperse hacia dentro las paredes que recubrían ambas astronómicas lejanías. De repente, como si de años luz se tratara, millones de rayos atizaron la membrana que recubría su soledad. En un momento, galaxias y nebulosas se formaron por el fugaz fenómeno cósmico, disminuyendo hasta su mínima expresión un portento sideral.

Sus pieles se encontraron, sus dedos deslizaron sobre su brazo un millón de infinitésimas partes de tacto. Bajo la superficie ardieron los poros, explotaron los nervios, arrasaron las emociones, asolaron las huellas, se colmaron los estremecimientos y millones

de minúsculas partes de sí mismo dieron paso a la nueva creación:
La implosión de una caricia.

El espacio estaba creado, la nada había dado paso a un nuevo
e infinito firmamento.

La Pachamama...

En el idioma quechua, propio de los indígenas de los Andes centrales de Suramérica, Pachamama significa madre tierra. Aven-turando una equivalencia científica, sería comparable al núcleo terrestre. Aunando espiritualidad y ciencia, podría considerarse la fuerza que hace que el mundo gire, como el movimiento de rotación y el aura juntos. En términos espirituales, la Pachamama es el centro de la vida de los hombres.

La concepción científica y la espiritual se funden a la hora de reconocer ese núcleo vital como la fuerza que mueve el mundo. Sin esa fuerza la vida en la tierra se extinguiría. Gracias a la Pachamama sus propios hijos pueden subsistir. Hijos, por otro lado, egoístas y desconsiderados, que esquilman y agotan a esa madre tierra. No se dan cuenta de que la erosión que provocan, las grietas en forma de arrugas que rompen la corteza de la tierra, el usufructo desconsiderado con el que se lucran a base de vaciar de recursos las más hondas reservas, son su propia perdición...

Ajena al maltrato al que es sometida, la Pachamama sigue cuidando de sus hijos. Aún con algún susto en forma de catástrofe, mero aviso de su fuerza destructiva para los que viven de ella, sin contar con la aniquilación de cualquier posibilidad de recuperación posterior, sigue perdonando los excesos.

Es curioso cómo los mismos que la veneran son su peor virus. La especie humana se comporta como una enfermedad letal para el generador de su propia existencia. Sin embargo, la Pachamama sigue sufriendo los envites de cada necesidad, el sobre-esfuerzo de cada nueva exigencia... Terremotos, calentamientos, tsunamis y deshielos aparte, la Pachamama aguanta estoicamente, con la curtida esperanza de que, en algún momento, sus hijos aprendan a cuidarla tal y como ella les ha venido cuidando desde el inicio de sus días.

Es inevitable el paralelismo con esas sufridas madres que dan a sus hijos todo el fruto de su trabajo, y de sus entrañas. “Pachamamas” que entregan los réditos de su pasado e hipotecan los beneficios de su futuro, con la esperanza de que, en algún momento, nos demos cuenta de todo ese esfuerzo, demos las gracias y aprendamos a valorar todo lo recibido, y sobre todo, a cuidarlo. A cuidar nuestra herencia con la dulzura de esas manos agrietadas, con la fortaleza de esas espaldas curvadas por el peso de la vida soportado, y con el brillo que reflejan los ojos cansados de relampaguear sonrisas ante cada resbalón de sus hijos.

Aún nos queda Esperanza. Sirva esto como pequeño homenaje a cada pachamama. La Pachamama aguanta, y nos enseña. Habrá que aprender, y cuidarla. Simplemente por ellas, merece la pena.

Y fin...

Y fin... de trayecto. En esta recopilación de cuentos y versos me he permitido reservarme la última página para mí, sin rimas, ni paranoias, ni filosofadas, ni fantasías. Porque hay cosas que decir...

Agradecer a las personas que me han ayudado sería interminable, porque cada persona que ha compartido conmigo un ratito de su vida me ha dado algo de lo que está en este libro.

Sí quiero mencionar a Ojkar, a Javi y a Luise, a los que encargué la ingrata tarea de seleccionar escritos. Sé que fue difícil, ya veremos qué recompensa os lleváis, de momento, tomad este libro como vuestro en parte.

Igualmente, agradecer a Lour la corrección, y a Gabi el lustre. ¡Qué bonito nos ha quedado al final!

A los Josefin@s de la Asociación Josefina Samper, por el apoyo. A las musas, reales o inventadas, razón de cada letra.

Gracias a cada persona que ha leído mis escritos, ya sea vía papel, o vía internet. Es un honor, y espero que la lectura haya servido, al menos, para entretenerte. Si ha habido algo que te ha gustado, aún con más razón, gracias

Y por último, aunque no menos importante, a familiares y amigos, porque me dan la vida que me hace falta para plasmarla luego descubriendo versos, o acertando cuentos... Muchas gracias a todos, en especial, a mi propia Pachamama, la Esperanza que nunca se pierde, porque siempre está ahí para mí...

Dany

